

# de otro color



SECRETARÍA DE ESTADO  
DE EDUCACIÓN  
Y FORMACIÓN  
PROFESIONAL



UNIÓN EUROPEA  
FONDO EUROPEO  
PARA LA  
INTEGRACIÓN

Cada vez más cerca de las personas





de otro color



© Cruz Roja Juventud

No está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los y las titulares del Copyright.

Autor: Pablo Díez de la Lastra

Edita:

Cruz Roja Juventud

Avda. Reina Victoria, 26

28003 Madrid

E-mail de contacto: [juventud@cruzroja.es](mailto:juventud@cruzroja.es)

[www.cruzrojajuventud.es](http://www.cruzrojajuventud.es)

Ilustraciones: Héctor Martín

Diseño y maquetación: Cyan, Proyectos Editoriales, S.A.

Depósito Legal:



Diego no sabía muy bien por qué su abuela se había empeñado en apuntarle a aquella excursión. ¿Por qué tenía que madrugar un sábado para irse con un montón de gente que no conocía, a ver no sé qué feria árabe en los descampados de la fábrica abandonada?

—Hazme caso, Dieguito —le había dicho su abuela, con su voz fina y gastada—, hoy vas a aprender muchas cosas nuevas sobre la gente con la que convives. Conocer gente y culturas diferentes siempre trae sorpresas y grandes descubrimientos. Es algo que aprendí hace muchos años cuando mis padres, tus bisabuelos, me llevaron a vivir a Méjico. Yo tampoco quería ir, pero desgraciadamente en España salir adelante en aquellos tiempos no era fácil, y tuvimos que emigrar tan lejos, dejando nuestra tierra para poder tener una vida mejor.

Sentado en la última fila del autobús miraba el folleto de la organización: “IntegraSión: asociación de acercamiento cultural”. “Pero abuela, ¡ni siquiera saben escribir! ¡Todo el mundo sabe que la palabra integración se escribe con ‘c’!” Y más aún él, que tenía unas notas magníficas en la asignatura de Lengua y Literatura Española.

—Tienes razón, Dieguito —le explicó su abuela—, se escribe con ‘c’, pero en muchos países de América Latina, aunque lo escriben como nosotros, lo pronuncian con ‘s’. Y al fin y al cabo, lo digas de una manera u otra, significa lo mismo, ¿“sierto”?

A Diego le hacía gracia que a su abuela, de vez en cuando, se le escapara ese acento mejicano. Siempre le pasaba cuando hablaba de su vida en Méjico. O México, como lo escriben los mejicanos, aunque lo pronuncien con ‘j’. También en este caso significa lo mismo.

Así que allí estaba él, a regañadientes, con los ojos cayéndose de sueño por el madrugón, escondidos tras sus nuevas gafas de sol (muy chulas, por cierto), observando al resto de asistentes y participantes del día árabe convocado por IntegraSión. Reconoció algunas caras conocidas del barrio y de su escuela. Estaba esa extraña niña de la clase de al lado, de origen paquistaní, que a pesar de hablar un perfecto castellano (de hecho, había nacido en Madrid), siempre hacía comentarios misteriosos que él nunca llegaba a entender, como si fuera de otro planeta. Y además siempre llevaba unos vestidos largos de colores y, cada dos por tres, extendía



los brazos como si estuviera a punto de echarse a volar. También había un chico nuevo, de aspecto oriental, que había visto algún día por el barrio, pero del cual nadie sabía nada, ya que no hablaba con nadie. Su padre opinaba que probablemente no sabría hablar español, algo normal, ya que seguro que no iba al colegio y pasaría el día ayudando a su familia en una de las tiendas que había por el barrio, y en las que puedes encontrar cualquier cosa. Diego estaba entre adormilado y ensimismado con el aspecto de ese chico nuevo, chupado, con pelo pincho y unas gafitas cuadradas. Tanto que no se percató de que Yamila, que así se llamaba la chica de origen paquistaní, se acercó de repente, sin que Diego se diera cuenta, y se puso a cantar, justo en su oreja: “¡Ele-elefante... ele-elefante!”. Diego, sorprendido, pegó tal salto que casi se le caen las gafas de sol (que eran muy chulas, recordemos) y se quedó mirando a Yamila.

—¿No te gusta ese canto? —preguntó ella, un poco sorprendida—. ¡Pero si es como una ráfaga de clavo directa a la pituitaria! ¡O como un motocarro silencioso!... que es aún mejor, o al menos increíble.

De nuevo Diego no entendía ni palabra de lo que decía Yamila. En cualquier caso, aprovechó para preguntarle por el chico oriental:

—Oye, ¿tú conoces a ese chico de las gafas?

—Hummm... no mucho, creo que es pariente de Confucio... pero no habla ni aunque le regales un megáfono... es más raro que las cochinillas en agosto.

“Mira quién habla, la normalidad en persona”, pensó Diego, riéndose por dentro.

También había otras caras conocidas, como ese niño rumano con el que le habían confundido más de una vez. Ciertamente era rubio y de ojos azules



como Diego, pero en su opinión no se parecían tanto, se notaba a distancia que era de fuera. O esa chica colombiana, Tatiana, que había visto algunas veces hablando con Batiste, su compañero de clase. Batiste era un chico cuya familia provenía del Congo, y al que habían sentado a su lado en clase, pero que a Diego no le caía demasiado bien porque era un orgulloso, siempre presumía de lo bueno que era en los deportes, y además se ponía muy pesado hablando de lo que le gustaba su país y de todo lo que hacía allí. “Pues no sé porqué ha venido, si estaba tan a gusto, digo yo”, se quejaba para sí mismo Diego cada vez que Batiste le interrumpía en clase con sus historias.

Y para colmo, la profesora de sociales les había puesto como ejercicio que intentaran imaginarse viviendo la vida de su compañero o compañera de pupitre y escribieran una redacción sobre ello, y la verdad es que no tenía ningunas ganas de interrogarle y tener que contar todo el rollo que Batiste le echaba, siempre con su boca llena de galletas de chocolate, que comía sin parar, hasta en clase a escondidas.

Llegando al descampado, pudo observar la fábrica de cementos abandonada a la que solía ir

con su grupo del barrio a hacer gamberradas de las suyas. Lo pasaban genial. Ya le habían contado que, desde hace algún tiempo, aquel descampado y su fábrica se habían reformado como centro multicultural donde grafiteros y demás artistas urbanos podían dar rienda suelta a su arte. También se hacían allí las ferias del barrio y otros eventos vecinales. Todo ello era parte de un programa de rehabilitación del río, que durante muchos años había permanecido sucio y contaminado por fábricas cercanas como ésta, y en el que algunas organizaciones de defensa del medio ambiente, en colaboración con el ayuntamiento, se habían puesto manos a la obra. Diego echaba de menos aquellos ratos donde podían hacer lo que les diera la gana, pero había que reconocer que ahora el río daba gusto verlo y todo estaba mucho más colorido y lleno de parques verdes. En cuanto bajaron del autobús, dirigieron al grupo hacia una zona de puestos de comidas para que degustaran platos típicos entre los fuertes olores y los cocineros y cocineras hablando árabe, entre aparentes discusiones que siempre acababan entre risas. Allí les dieron a probar *humus* de Marruecos (nunca habría dicho que estaba hecho de paté de garbanzos, de un sabor

bien diferente a los que ponían en su casa cada domingo en el cocido), dulces de miel y almendra de Túnez (un poco secos, pero que Yamila parecía apreciar mucho, teatralizando como si flotara con cada bocado... qué chica más rarita, de verdad...), y suculentos kebabs turcos (estos sí que los conocía bien Diego, los podías encontrar en muchos restaurantes de su barrio, una buena alternativa para comer algo rápido). El silencioso niño oriental y Tatiana no parecían muy contentos con el menú, pero la verdad es que la excursión no empezaba mal del todo para Diego. Mientras comían, algunas instructoras de IntegraSión les enseñaron algunos mapas para explicarles de dónde venían esas recetas y cuáles eran algunas de sus costumbres. También les mostraron otros mapas que describían cómo, a lo largo de la historia, las culturas árabes se habían desplazado por toda la región mediterránea y el Medio Oriente, mezclándose todas las culturas, como pasó en la península ibérica durante muchos siglos, por ejemplo.

No le gustó tanto la segunda actividad, en la que los llevaron al área de artesanías y los pusieron a hacer manualidades con barro, explicándoles cómo la población árabe utilizaba curiosas y habilidosas





técnicas para conseguir que guardaran su forma, y cómo la venta de artesanías era el medio de subsistencia de muchas familias. No es que a Diego no le gustaran las manualidades, pero ya estaba un poco crecido como para volver a las clases de plástica. Anduvo un rato manchándose las manos, pero decidió aprovechar la excusa de que iba a lavarse para escabullirse e ir a investigar por su propia cuenta. Quería echarle un vistazo a los grafitis dibujados en los muros de la antigua fábrica. Allá se lanzó, sin que nadie le viera, entre las paredes desconchadas de la laberíntica fábrica. Pero, muy a su pesar, las paredes del patio estaban limpias y grises, y lo único que encontró fue una pequeña jaima (una tienda de campaña abierta al estilo de los bereberes del desierto), con un pequeño cartel en la entrada que sugería: “Grafitis árabes mágicos, pase a conocerlos”. Diego se sorprendió de su hallazgo.

La jaima estaba totalmente aislada del resto de actividades de la feria y, ciertamente, se respiraba un ambiente mágico y algo inquietante. Además, no parecía haber nadie en los alrededores cuidando del lugar. Haciendo gala de su carácter curioso y valiente, Diego se atrevió a introducirse en la

jaima. Más sorprendido aún se quedó cuando descubrió lo que escondía en su interior: toda la tela que hacía de techo estaba decorada con pintadas de letras y motivos árabes, pero de colores fluorescentes y que parecían iluminar toda la estancia. Sin embargo, Diego no acertaba a adivinar de dónde provenía la energía para dicha iluminación. Era una



sensación muy extraña, como si las pintadas estuviesen vivas. Y no sólo la tela estaba llena de grafitis, también todas las alfombras y los almohadones bordados que llenaban la jaima parecían desprender una cierta energía. Entre ellos, al fondo de la jaima, Diego percibió algo que parecía moverse. En efecto, una chica con un pañuelo en la cabeza, vestida con un sobrio vestido azul, manejaba hábilmente un *spray* con el que estaba dibujando enormes motivos árabes. La chica, que no parecía haberse percatado de la presencia de nuestro amigo, se dirigió hacia donde se encontraba Diego sin dirigir la mirada hacia él. Diego, sin saber qué hacer, se quedó pasmado mientras la chica colocaba unos almohadones bajo una parte del techo que estaba aún sin pintar. Le miró, esta vez sí, tan solo un instante para regalarle una enigmática sonrisa, como indicándole que se tumbara en aquellos almohadones. Diego, dada la situación, decidió tumbarse mientras la chica cogió dos *sprays* y, con las dos manos al tiempo, se puso a dibujar imágenes de criaturas fantásticas de formas simétricas, como si ambos lados se miraran en un espejo. Mirando éstas criaturas, que parecían vivas a la luz fluorescente, a Diego le entró de repente un

cansancio y una somnolencia incontrolable, y después de sólo unos momentos admirando aquellos grafitis árabes sus ojos se cerraron inevitablemente...

—¡Ey, empanado!... —Diego escuchó aquella voz con los párpados aún cerrados, una voz que le era familiar—. Despierta ya, empanado, o nos tocará larga marcha hasta casa, y seguro nos envolverá la noche —cuando al fin sus ojos cogieron fuerzas para abrirse, se encontró con la cara de Yamila, que le miraba con sus grandes ojos negros.

—Puff... ¿dónde estoy?... creo que me he quedado dormido...



—No, no te has quedado dormido, te has quedado más frito que un falafel chamuscado.

Diego se incorporó como pudo, todavía invadido por un tremendo sopor, y juntos salieron corriendo de la jaima hasta el autobús, donde esperaba impaciente el resto de integrantes de la excursión. “Venga, subid, que se hace tarde”, les presionó uno de los organizadores.

—Y tú qué, ¿dónde te habías metido?

A Diego le dio vergüenza confesar que se había quedado dormido, así que simplemente pidió perdón y subió enseguida al autobús. Al entrar reconoció a unos compañeros de su escuela, con los que solía jugar al fútbol, y a los que saludó efusivamente:

—¿Qué tal, chavales?

Sin embargo, los chicos le miraron como si hubieran visto un bicho raro y ni siquiera contestaron. “¿Y a éstos qué mosca les ha picado ahora?” Decidió sentarse en otra fila, no estaba para tontearías. La verdad es que se sentía un poco raro. No es que se sintiera mal, al contrario, hasta se notaba con más energías, pero al mismo tiempo sentía algo diferente que no podía definir. Se pasó el viaje de vuelta pensando en la jaima y en la chica de los grafitis y, sumergido en sus pensamientos, de

nuevo se le acercaron sin que se diera cuenta. Esta vez era Tatiana, la chica colombiana, que se sentó a su lado como si tal cosa.

—Oye, desaparecido, ¿te pasarás luego por el parque con los roller?

Diego no entendía nada. ¿Por qué Tatiana se tomaba esas confianzas, si apenas había hablado con ella, pensó Diego. ¿Y qué le estaba diciendo de ir a patinar, si él tenía menos equilibrio que un elefante en una cuerda de funambulista? “¡Ele-elefante... ele-elefante!”, cantaba incesantemente Yamila en la fila de delante, como para confirmar el pensamiento de Diego y darle más confusión a la situación, ya de por sí surrealista. Sin darle tiempo a responder, como salvado por la campana, el autobús se paró y Tatiana agarró del brazo a Diego, sacándolo del autobús.

—¡Venga, tú, que nos bajamos aquí!

Él se dejó llevar y, al saltar a la calle, Tatiana se despidió rápidamente, recordándole el patinaje en el parque, mientras Diego miraba a todos lados buscando a su abuela, que había prometido recibirle para ir a comer algo rico con la condición de que le contara con todo detalle su día árabe. Pero en lugar de su abuela, a quien se encontró delante fue

a la madre de Batiste, su compañero congolés, y a la que había visto algunos días en la puerta de la escuela. La mujer se acercó a él y le dio tal beso en la oreja que le dejó medio sordo durante unos segundos.

—Hola, hijo, ¿qué tal lo pasaste?

—¿Pero qué haces? —se quejó—. ¿Dónde está mi abuela?, ¿por qué me han bajado aquí?

—Pero ¿qué tonterías dices? —replicó la madre de Batiste—, tu abuela está en el pueblo, en Lubumbashi, ¿dónde quieres que esté?

Diego ya sí que no entendía nada de nada. ¿Todo el mundo se había vuelto loco?



—Anda, subamos a casa, que ya ha llegado tu padre y vamos a cenar.

—¿Mi padre? No, perdona, yo me quiero ir a mi casa, que me deben de estar esperando.

Además, no se creía nada: “¿qué iba a hacer mi padre en casa de Batiste?”. La madre de Batiste le cogió del brazo, llevándoselo hacia el portal.

—¡Deja de hacer el tonto y sube ahora mismo, no me hagas enfadar!

Diego se empezó a asustar. Al fin y al cabo esa señora negra y altísima tenía un aspecto temible así enfadada. Decidió acompañarla, así tendría la oportunidad de esconderse un momento y llamar a su casa con el móvil. Nada más entrar por la puerta, salió corriendo hacia el baño, cerró el pestillo y marcó el número de su padre.

—¿Sí, dígame? —contestaron al final de la línea.

—¡Papá! ¿Por qué no ha venido la abuela a recogerme?

—¿Perdone, quién es?

—¿Cómo que quién soy? ¡Tu hijo! La madre de Batiste se ha empeñado en hacerme subir a su casa con la excusa de que estabas aquí. ¡Ven ahora mismo a buscarme, por favor!

—Mira, no sé quién eres, pero mi hijo está aquí en su cuarto y, además, no se encuentra bien, así que deja de molestar —y colgó el teléfono.

—Pero como voy a estar ahí si estoy aq...

Diego se quedó paralizado. Acababa de ver su imagen en el espejo del baño... pero lo que tendría que ser su imagen era en realidad una cabeza con pelo afro, piel oscura y unos ojos grandes y marrones como el chocolate de la galletas de... ¡¡¡Batiste!!!

—¡Batiste, ven a cenar, que se enfría y ya estamos todos esperando!

Diego estaba como bloqueado, pero intentó tranquilizarse. “Está bien, esto es muy raro, pero hay que guardar la calma”, pensó. “Si salgo ahí fuera y les cuento que no soy Batiste no se lo van a creer, así que intentaré actuar con normalidad y ver cómo puedo solucionar esto”. Así que Diego respiró hondo y salió del baño.

Sentados a la mesa del salón encontró a toda la familia de Batiste: su madre, su padre, su hermano pequeño Jean, que también iba al mismo colegio, y a otras personas que no conocía y que debían de ser familiares de Batiste. Aunque los muebles y la vajilla eran muy normales, la comida estaba servida en pequeños cuencos de madera que se repartían



sobre la mesa con gran variedad de platos. Entre ellos, Diego pareció reconocer pollo frito, espinacas y pescado con salsa de tomate y cebolla. La madre de Batiste le sirvió un plato de carne de cerdo guisada con plátano y pimientos. Diego miró el plato con cara rara, porque él solía comer el plátano de postre y acompañado de un buen helado de vainilla, si era posible.

—¿Y a qué viene esa cara, si es tu plato favorito?

—No sé, es que no tengo mucha hambre, he comido kebabs en la feria.

Pero había algo raro en las palabras que salieron de su boca, ya que, sin ningún esfuerzo, estaba hablando ;en un lenguaje africano! Bueno, no estaba mal esto de entenderse en otro idioma, y además el cerdo con plátano estaba bastante rico. Durante la comida vio que todo el mundo comía algo que llamaban *fufu*, un puré hecho de mandioca, un tubérculo parecido a la patata, y que al parecer era como para los españoles el pan, presente en todas las comidas. Un plato de *fufu* con pollo y salsa picante se estaba comiendo el padre de Batiste, sin muchas ganas, mientras se quejaba sobre el trabajo. Hablaba de que la empresa en la que trabajaba como pintor había despedido a

mucha gente, inclusive a su hermano, el tío de Batiste. Sus comentarios le resultaron muy familiares a Diego, ya que precisamente su padre se había quedado también sin trabajo hacía un mes, y desde entonces estaba de muy mal humor. Y para colmo, continuaba el padre de Batiste, mientras iba cruzando un semáforo cargado con los cubos, las brochas y el resto del material, casi le atropella un coche porque no se había dado cuenta de que el monigote se acababa de poner en rojo. “¿Pero qué te pasa?, ¿confundes los colores?”, le había gritado el conductor.

—Desgraciadamente para mí —comentó el padre—, aquí algunas personas le dan demasiada importancia a los colores.

—No te preocupes tanto —respondió la madre—. Al menos aquí estamos más seguros que en el Congo. Ojalá todos los males sean como ése.

Siguiendo la conversación, Diego se enteró de que en el Congo, desde hace muchos años, había un conflicto entre dos grupos armados donde mucha gente había sufrido, y que la familia de Batiste había tenido que emigrar porque no había trabajo y su padre estaba amenazado por uno de los bandos. Ahora entendía Diego por

qué su compañero de clase no decía nunca que quería volver a su país, a pesar de estar siempre recordando todas las cosas buenas que había en su tierra.

—Bueno, dejemos de hablar de eso —dijo la madre, cambiando de tema—. Terminad de comer y divirtámonos un rato. ¡Jean, pon música!

En cuanto sonaron las primeras notas de aquella música, Diego sintió unas ganas irresistibles de bailar. Más aún viendo a la madre que, a pesar de ser tan alta, se movía con gran soltura. Diego no encontró ninguna dificultad para seguir el ritmo. Era como si el cuerpo de Batiste le guiara, inevitablemente. Pusieron música que fusionaba rock y jazz, y a Diego le hubiera gustado tener su guitarra para tocarles algo. A pesar de que la mayor parte de la casa era de un estilo muy parecido a la suya, la mezcla de la música, la familia y algunas decoraciones congoleñas le hacían sentirse como si estuviera en el gran continente africano. Era como un privilegio poder disfrutar de una cultura tan diferente que para él quedaba tan lejos y que había sido tan desconocida hasta ese momento. Al mismo tiempo, le sorprendió la familiaridad y la comodidad con la que se sentía. Aquella no era su familia, cierto, pero tenía muchas cosas en común

con la suya; cómo compartían costumbres y preocupaciones, o cómo se apoyaban unos a otros. Sonaba diferente, se respiraba un aire diferente, pero, en definitiva, se daba cuenta de que quizá él mismo podría haber nacido en el Congo y haber sufrido y disfrutado experiencias muy similares a las de Batiste.



Tras la sobremesa familiar, su “hermano” pequeño le propuso salir a dar una vuelta por el barrio. A Diego le empezaba a gustar esta aventura y decidió acompañarle. Fueron al parque, donde mucha gente jugaba al fútbol, charlaba o se enviaba frenéticamente mensajes de móvil, aunque estuviera a pocos metros de distancia, sólo para hacer bromas y pasar el rato. También había algún grupo que patinaba. Todo el mundo sabía que ese parque era de los mejores de la ciudad para patinar, ya fuera con el *skate* o los *roller*. Y, por supuesto, ahí estaba Tatiana, con su gorra de los Carolina Dogs, una gran cola de caballo y los imperdonables auriculares. En cuanto vio a Batiste (o al que creía que era Batiste, mejor dicho) se acercó a él patinando a toda velocidad.

—¡Ey, has venido!... Pero ¿y tus patines? ¿no los has traído?

—Ehhhh, no... es que me he caído hace un rato y me duele mucho la pierna —se excusó.

Aunque el baile ya le había demostrado que había adquirido algunas de las habilidades de Batiste, no confiaba mucho en su pobre equilibrio, y temía hacer el ridículo delante de tanta gente desconocida.

—Bueno, me quedaré un rato contigo. De todas maneras necesitaba un descanso —Tatiana se sentó a su lado y apagó su mp3.

—¿Qué escuchabas? —preguntó Diego, curioso.

—Vallenato. Es música de Colombia. Bueno, no sólo de Colombia, se escucha también en muchos países vecinos. ¿Quieres escuchar una canción?



Diego aceptó y se puso lo auriculares de Tatiana. Aquella música, con muchos tambores, le hacía despertar de nuevo el ritmo africano, pero también reconoció un instrumento que le hizo recordar a algunas tardes con su abuela.

—Ey, esto lo conozco, es un acordeón.

No es que a Diego le gustara especialmente el acordeón, él prefería sin duda la guitarra eléctrica, pero su abuela le había contado muchas veces cómo, nada más llegar a Méjico, se había ganado la vida tocándolo en algunos locales.

—¡Claro que te recuerda a África y a España! —le explicó Tatiana—. El vallenato mezcla música e instrumentos de tres culturas diferentes: los tambores, influencia de la población africana esclavizada, que fueron llevados a América hace siglos; el acordeón europeo, que llevaron los españoles y las españolas; y la guacharaca, un instrumento de madera de los indígenas tairona, que se toca ras-cándolo con un arco parecido al de un violín.

A Diego le resultaba interesante esta chica; ¡hay que ver las cosas que sabía! Además, aunque nunca se había fijado mucho en ella, en ese momento le resultó muy graciosa y muy guapa. Debía de ser que la miraba con los ojos de Batiste.

“Es increíble cómo las cosas se ven tan diferentes, cuando las miras a través de otros ojos”, se le ocurrió a Diego.

Su animada conversación, sin embargo, fue interrumpida por una visita inesperada. El chico oriental de las gafas cuadradas se les acercó tímidamente, llevando unos patines en la mano.

—Perdonad que os moleste —comenzó, con un perfecto español que no delataba ningún acento diferente—, se me ha aflojado una de las tuercas de mis patines y necesito alguien que me lo sujete mientras la aprieto. ¿Os importaría ayudarme?

—Sí, claro, no hay problema —le contestó amablemente Tatiana, que no encontraba ninguna razón para negarse.

Mientras Tatiana sujetaba el patín, mirando como el chico manejaba su llave con mucha maña, Diego no quiso desaprovechar la oportunidad para saciar su curiosidad y le preguntó:

—Oye, ¿cómo te llamas? No sé tu nombre.

—Me llamo Zan —respondió el otro.

—Encantado, Zan, yo soy Die... ¡digo Batiste!

A punto había estado de crear una confusión, menos mal que había reaccionado a tiempo.

—Yo soy Tatiana. ¿De dónde eres?



—Bueno, vivo aquí desde que tengo un año. Mis padres me adoptaron en China, pero la verdad es que no sé mucho del lugar donde nací, y me siento más español que la tortilla de patata —dijo riendo.

—Ah, no me lo hubiera imaginado, nunca te he visto hablar con nadie.

—Ya, la verdad es que no soy muy hablador. Y mucha gente, especialmente los mayores, normalmente no me hablan porque piensan que no hablo español, porque hay muchos inmigrantes de China que no lo hablan bien. Pero mira cómo son las cosas, que los inmigrantes de origen chino no hablan tampoco conmigo porque yo no hablo una palabra de mandarín, el idioma chino más común.

—Pues vaya lata, así no hay manera de comunicarse con nadie —se solidarizó Tatiana.

Al terminar de arreglar el patín, Zan agradeció la ayuda y se despidieron, no sin antes quedar otro día para hacer algún plan por el barrio, ahora que ya sabía que se podían entender.

A la vuelta del parque, el padre de Batiste ya se había ido a dormir. Al parecer, debía levantarse temprano, como cada mañana, para ir a trabajar como su mujer. Para que no sólo pudieran mantener a su familia aquí en España, sino que también

enviaran dinero de vez en cuando al resto de familiares en el Congo. A pesar de que éste había sido un día realmente intenso e interesante, un solo día era suficiente para que Diego echara de menos a su familia. Además, esto de adaptarse a culturas nuevas y gente desconocida era muy cansado. Ahora se podía imaginar lo que significaba para Batiste estar tan lejos de sus abuelos, sin saber cuando iba a poder volver a verles. Se puso a pensar en cómo conseguir regresar a su vida como Diego, quizá volviendo a la jaima de la feria y pidiéndole a la chica árabe otros grafitis que le devolvieron a su cuerpo anterior, quién sabe. Dándole vueltas a la cabeza, el cansancio le acabó venciendo y se quedó profundamente dormido...

—¡Oye, tú! —escuchó Diego, de nuevo, aún con los ojos cerrados de sueño—. ¡Venga, tú, que todo el mundo te está buscando! ¡Nos va a dejar el autobús!

Abriendo los ojos, vio la cara de Tatiana frente a él.

—Pero ¿qué autobús?, Tatiana, si hoy es domingo, no hay que ir a la escuela, ¿y quién te ha dado permiso para entrar en mi habitación? —se quejó Diego.



Tatiana puso cara de sorpresa:

—Uy, y tú ¿cómo sabes mi nombre?, ¿y qué dices de tu habitación? ¡Si estás tirado en el suelo de una fábrica abandonada!

Diego miró a su alrededor, y, efectivamente, en el lugar donde había descubierto la jaima mágica ahora no había nada, ni jaima, ni chica árabe, ni pintadas fluorescentes. Pero entonces, si no estaba en casa de Batiste, si estaba en el descampado, eso significaba que todo había sido un sueño y que... ¡había recuperado su cuerpo original!

—¡Vuelvo a ser yo! ¡Vuelvo a ser yo! —gritó, lleno de júbilo, mirándose la manos y tocándose la cara.

Tatiana lo miró perpleja.

—Pero ¿cómo que vuelves a ser tú? ¿Estás loco o qué?

—¡Venga, Tatiana, vámonos al parque a escuchar vallenato y a patinar, que tengo ganas de aprender!

Tatiana no salía de su asombro; ¿por qué este chico, con el que nunca había hablado, se tomaba tantas confianzas?, ¿y qué sabía él sobre el vallenato?

—Sí, sí, anda, de momento vamos al autobús, que se van a ir sin nosotros —le contestó Tatiana, con tal de conseguir que le acompañara.

Juntos llegaron con los demás, y al subir al autobús se encontraron con Yamila.

—Toma, quedáte con él, es tan rarito como tú —le dijo Tatiana a Yamila.

—Uy, perfecto —contesto Yamila, a la que todo le parecía bien—. Montaremos un club de bichos raros, para sobrevolar juntos las estepas de Mongolia con los ele-elefantes voladores.

—Yamila, ¡que soy yo otra vez!



—Pues vale, amigo mío, tú puedes ser quién quieras ser, ¡incluso tú mismo! —rió Yamila.

Como todo el autobús les miraba con cara extrañada, ahora Diego se daba cuenta de lo que era sentirse un bicho raro, pero no le importaba porque volvía a ser él mismo, y eso era lo importante.

Esta vez sí, el autobús le dejó en la parada correcta, y allí estaba su abuela, esperándole.

—Abuela, no sabes lo que me ha pasado —le dijo, nada más verla.

—Bueno, vamos a comer algo por ahí, y me lo cuentas todo.

—Eso, comamos cerdo con plátano y un poco de *fufu* —propuso Diego.

Su abuela le miró indiferente, como si supiera de lo que estaba hablando. Entonces Diego le contó aquel extraño día, la comida y los mapas árabes, pero sobre todo su encuentro con la jaima, los grafitis mágicos y el sueño en el que se había convertido en su compañero de clase.

—Era tan real. De verdad pensaba que me había metido en el cuerpo de Batiste.

—Ya te dije que esta excursión te iba a traer muchos descubrimientos —dijo la abuela, con una sonrisa maliciosa—. Me alegro de que te haya servido para entender un poco más a las personas que tienen que conocer otras culturas y cómo, tanto las que llegan como las que reciben, tienen que adaptarse a tantas cosas diferentes. Lo importante es que, en definitiva, lo que nos mueve en nuestro interior son las mismas cosas, con otro nombre, con otros colores, sonidos y sabores, pero todos podemos aprender del resto si intentamos verlos a través de sus ojos. Por cierto, me comentabas que en el autobús iba también

un niño rumano con el que te confunden, ¿verdad?

—Sí, todo el mundo me dice que me parezco a él.

—Pues creo que te puedo dar una explicación para ello. Quizá tu madre no te lo haya dicho, pero tu tatarabuelo, mi abuelo, también fue inmigrante en España.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Diego.



—Así es. Tu tatarabuelo nació en Rumanía a finales del siglo XIX y emigró aquí con toda su familia. Durante toda la historia ha habido montones de familias que han dejado su lugar de origen para buscar una vida mejor y en el fondo todas las personas somos una mezcla de muchos orígenes, y todas en algún momento de nuestra vida podemos llegar a ser inmigrantes por muy diferentes motivos. Ésa es una de las razones por las que debemos intentar respetar y entender lo diferente, y ayudar a que todo el mundo conviva y comparta lo que tiene.

Aún pensando en aquel mágico sueño y en lo que su abuela le había contado, Diego se levantó como cada lunes para ir a clase y, al llegar, se encontró con Batiste sentado en el pupitre de al lado.

—Hola, compañero, ¿qué tal el fin de semana? — le dijo, amablemente.

—Bah, fatal, he estado con un fuerte dolor de estómago, sin apenas salir de la cama. Creo que como demasiadas galletas de chocolate.

Diego sacó algo de su mochila.

—Vaya, yo que te había traído un paquete de galletas para compartirlas contigo. Tendré que comérmelas solo.

A Batiste se le encendieron los ojos al ver el irresistible color dorado de las galletas y el delicioso chocolate.

—Humm... bueno, quizá no fueron las galletas, comí muchas otras cosas. Creo que probaré algunas para comprobarlo —le respondió riendo—. Oye, por cierto —continuó Batiste—, tenemos que hacer el ejercicio de intercambio de vidas para mañana. ¿Crees que deberíamos quedar después de clase?



—Sí, claro. Aunque te contaré mejor yo un poco de mi vida. Por alguna extraña razón, creo que ya tengo suficiente información sobre tu vida como para escribir la redacción —le respondió Diego, con una misteriosa sonrisa—. Pero podemos utilizar el tiempo que nos sobre para ir a patinar al parque, ¿no crees?

A Batiste le llamó la atención la repentina amabilidad de Diego, que siempre había estado un poco distante, y no entendía muy bien a qué se refería con eso de que ya tenía bastante información sobre su vida. Quizá había estado muy pesado últimamente ametrallando a Diego con sus historias. De todas maneras, agradeció el detalle y aceptó encantado la propuesta de su compañero.

—Perfecto. Así me podrás contar algo sobre tu vida. Por cierto, ¿qué tal esa excursión a la que fuiste el sábado?

Diego le miró con complicidad.

—Muy reveladora, amigo Batiste. Muy reveladora.

**FIN**





 *Cruz Roja Juventud*

[www.cruzrojajuventud.es](http://www.cruzrojajuventud.es) 902 22 22 92

**Humanidad Imparcialidad Neutralidad Independencia Voluntariado Unidad Universalidad**